

LA COMUNA DE PARIS

GERARD FENOY

El novelista Jean-Claude Chabrol, en la presentación del libro "Los poetas de la Comuna", escribió: "La Comuna no tiene sino a aquellos que merece: enemigos o partidarios".

Y es de anotar que la inmensa mayoría de los historiadores clásicos, profesores de la Sorbona republicanos y conservadores, portavoces de la burguesía de la "Belle Epoque" y de "l'Entre-deux-guerres", siempre se situaron en el campo de los enemigos de la Comuna. ¿De qué manera? Olvidándola; relegándola en un capítulo aparte de la Historia de Francia, desvinculándola del período inmediatamente anterior, el Segundo Imperio; tratando de presentarla como un hecho monstruoso, únicamente explicable por los bajos instintos de un pueblo salvaje, el proletariado parisino, aún más excitados por los rigores de un terrible sitio. Todavía hoy, esta pseudo-explicación es la que domina en la Historia tradicional que se enseña en los colegios y las universidades; el escéptico podrá comprobarlo al abrir un manual de Historia cualquiera, aprobado por el Ministerio de Educación Nacional.

Por supuesto que, al estudiar la Comuna de París, nuestro enfoque será distinto. Trataremos de devolver a la Comuna de París su debido lugar en la Historia. Claro está que no se puede prescindir de la invasión alemana, del hambre y del frío que experimentó el pueblo de París. Pero, tratando de ir un poco más lejos, veremos en qué medida la Comuna es la sanción de la Revolución Industrial en Francia. Por eso insistiremos sobre las causas de la Comuna, antes de presentar las principales ideas políticas que dominaron en esta época, y la tímida aplicación que tuvieron durante los setenta y dos días que duró "el asalto al cielo".

Las fuerzas en presencia

Partiendo de los orígenes más lejanos para alcanzar las causas inmediatas de la Comuna, tendremos que decir algo del desarrollo industrial de Francia en el siglo XIX, y en particular bajo el Segundo Imperio. Luego veremos las principales consecuencias sociales de esta Revolución Industrial, con el éxodo rural y la formación de un numeroso proletariado urbano. En fin, examinaremos el papel político de la burguesía francesa, a la cabeza de la cual esta Napoleón III, "el aventurero", cómo esta burguesía muestra que está consciente de la realidad de la lucha de clases y no vacila en traicionar al país, prefiriendo la paz y el orden germánicos al establecimiento del socialismo en Francia.

Entre los años 1850 y 1860, tenemos una de las épocas más brillantes de la Historia económica de Francia. En términos generales, la producción se duplicó en esos diez años. Este gran desarrollo industrial se nota primero en el aumento de la producción de carbón: de 4,5 millones de toneladas, pasó a 8,3. La siderurgia, entonces, siguió el movimiento al mismo ritmo; la producción de hierro colado pasó de 400 mil a 900 mil toneladas, la de acero de 250 mil a 560 mil. El formidable desarrollo de las comunicaciones absorbió la mayor parte de esta enorme producción; la red de ferrocarriles pasa de 1.900 km. a 9.600 km. Las innovaciones técnicas en la construcción de los barcos tal como la utilización del hierro, la máquina de vapor, el progresivo empleo de la hélice, permiten a Francia tener una tercera parte de la flota mercante mundial. La invención, y luego la producción en serie de máquinas-herramientas anuncia la próxima desaparición de la artesanía. Grandes progresos revolucionan también la industria del cemento, y ramas de la producción llamadas a un fabuloso porvenir: los colorantes y las materias plásticas. La industria textil toma un auge considerable: se triplicaron las importaciones de algodón, de lana y de seda. Pero la balanza comercial sigue siendo favorable, con el continuo desarrollo de las exportaciones, en particular hacia las colonias. Estamos también en la época de la aparición de los grandes almacenes, tipo supermercado, que arruinan el comercio de detalle. El fenómeno de concentración de las empresas se evidencia en el increíble éxito que encuentran los grandes bancos, recién fundados: el Credit du Nord, de la familia Rothschild, el Credit Mobilier, de los hermanos Pereire, el Credit Lyonnais, de Henri Germain etc. . . Otros banqueros, como Achille Fould, entran en el gobierno de Napoleón III. Son ellos que dictan la política eco-

RÉPUBLIQUE FRANÇAISE

N° 395

LIBERTÉ — ÉGALITÉ — FRATERNITÉ

N° 395

COMMUNE DE PARIS**LE PEUPLE DE PARIS
AUX SOLDATS DE VERSAILLES****FRÈRES!**

L'heure du grand combat des Peuples contre leurs oppresseurs est arrivée!

N'abandonnez pas la cause des Travailleurs!

Faites comme vos frères du 18 mars!

Unissez-vous au Peuple, dont vous faites partie!

Laissez les aristocrates, les privilégiés, les bourreaux de l'humanité se défendre eux-mêmes, et le règne de la Justice sera facile à établir.

Quittez vos rangs!

Entrez dans nos demeures.

Venez à nous, au milieu de nos familles. Vous serez accueillis fraternellement et avec joie.

Le Peuple de Paris a confiance en votre patriotisme.

VIVE LA RÉPUBLIQUE!**VIVE LA COMMUNE! AUX ARMES! EN AVANT!****3 prairial an 79. VIVE LA RÉPUBLIQUE UNIVERSELLE!****LA COMMUNE DE PARIS.**

nómica, en función de sus intereses. En 1853, se rebajaron los derechos de aduana sobre materias primas y alimenticias, anunciando el acuerdo franco-británico de 1860 sobre el libre-cambio. En 1856, el Congreso reunido en París decretó la libertad de navegación, favoreciendo el auge de las grandes compañías marítimas, que todavía hoy son de las más importantes de Francia, tal como la Compañía General Transatlántica. Y aún más significativo, en 1857 se vota una ley que otorga completa libertad para crear sociedades anónimas, abriendo las puertas de la expansión al capitalismo: de los 240 millones de francos invertidos en 1800, se pasó en 1863 a 28.000 millones (Precisamos que la moneda no se devaluó hasta la primera guerra mundial).

No será exagerado entonces de calificar esta época como la del triunfo del capitalismo burgués. Pero este marco económico tan favorable se paga muy caro: es la proletarianización de capas siempre más numerosas de la sociedad. Es la otra cara de la moneda.

Las clases trabajadoras

Del punto de vista social, Francia queda bajo el Segundo Imperio, una nación campesina. Más del 50% de la población vive en el campo. El campesino que extendió su parcela cuando la Revolución de 1789 vendió los bienes del clero, no es miserable. Pero si esos dos millones de pequeños propietarios son más bien acomodados, por lo tanto son conservadores, tradicionalistas, cerrados a las nuevas técnicas. No pueden rivalizar con la agricultura moderna y mecanizada de los Estados-Unidos o de Gran Bretaña, cuyos productos mucho más baratos, entran en Francia prácticamente sin recargos arancelarios. Y hasta para los más avispados, la reducida extensión de sus parcelas no justificaría la adquisición de máquinas o de abonos químicos. Están condenados pues a un empobrecimiento progresivo, que se manifiesta por las grandes proporciones que toma el éxodo rural. Atraídos por la ciudad vecina, los jóvenes abandonan poco a poco una tierra que no les dará lo suficiente para vivir. Cuando el reparto de una finca demasiado exigua se vuelve imposible, todos los hijos no se pueden quedar. Sin hablar del jornalero siempre a la búsqueda de algún trabajo, recorriendo Francia para ofrecer sus brazos cuando la cosecha o las vendimias; este acude a la ciudad al primer rumor de apertura de una fábrica. Entre 1851 y 1861, el éxodo rural reduce la población campesina del 61% del total al 53%.

Es toda una migración hacia la ciudad de una gente sin la menor calificación, lista para aceptar cualquier trabajo, con cualquier sueldo, y en las peores condiciones.

La explotación del obrero, bajo el Segundo Imperio, se caracteriza en primer lugar por la extensión de la jornada de trabajo: 10 a 12 horas en las minas, con dificultades mayores que en Inglaterra; 14 horas en los telares de Lyon, trabajando a la vez con las manos y con los pies; 15 horas para una modista que gana a duras penas un franco y medio diario; y hasta 17 horas en la construcción del ferrocarril París-Marsella. Luego hay que insistir sobre las espantosas condiciones de trabajo: altas o bajas temperaturas, falta de luz, estrechez y humedad de los locales, ausencia de toda protección, promiscuidad de edades y de sexos, etc... Emilio Zola pinta con mucho realismo, en "Germinal", la vida de una familia de mineros, mostrando entre otras cosas la iniquidad de las multas, que reducen tanto los miserables salarios. Pero el estudio del nivel de vida del obrero de la época rebasa los límites de la compasión.

El problema del alojamiento se resuelve mientras la ocupación de las cuevas (en Lille), la construcción de tugurios al flanco de la loma (en Lyon); esas casuchas sin calefacción ni sanitarios, tienen a menudo como únicos muebles unos jergones sin ropa ni cobija, donde duermen amontonadas dos o tres personas, cuando no se reparten el tiempo de sueño en el mismo camastro, como se hace todavía hoy en París. El presupuesto familiar establecido en 1898 para la clase obrera, nos proporcionará elementos para apreciar el nivel de vida alcanzado treinta años después de la Comuna, es decir una vez que el capitalismo empieza a traspasar el peso de la explotación sobre los pueblos colonizados, provocando un ligero mejoramiento de la condición del obrero europeo. Se considera que la familia dispone de unos 0,15 a 0,20 francos por día y por persona, cuando el kilo de pan cuesta 0,25 F, el kilo de carne 1,75 F, el kilo de azúcar 0,75 F. En esas condiciones, la carne desaparece prácticamente de la mesa del obrero. Los efectos de tan pobre alimentación, junto a la falta de higiene, se hacen sentir sobre la esperanza de vida media de los Franceses en el siglo XIX: pasa de 38 años en 1830 a apenas 46 en 1900. Estos datos valen para los años posteriores a la gran baja de los precios de 1880. Podemos imaginar fácilmente que la condición obrera antes de la Comuna era mucho peor que lo que observamos, sobre todo si nos recordamos que de 1855 a 1869, los gastos de la familia por lo menos se duplican, los precios de los commodities encarecen de más de 50%, y los alquileres de 100% a 150%

cuando por supuesto el salario real no se eleva al ritmo del costo de la vida (17% según fuentes oficiales). Robert Schnerb explica entonces porque 25 millones de personas no dejan al morir herencia apreciable, frente a un millón que viven de ellas.

Una miseria tan insoportable lleva los pobres a cometer actos delictuosos para la moral burguesa de la época: en el hogar, la prostitución de la hija, cuando no de la madre, es cosa normal. En París, un niño sobre tres es ilegítimo. La mortalidad infantil es terrible. Y los investigadores (médicos, políticos, sacerdotes) manifiestan su indignación al comprobar que la mayor parte de los obreros ven perecer a sus hijos con indiferencia, y hasta con alegría: es que esos infortunados no viviran el calvario cotidiano de sus padres. Mal alimentados, condenados a bajar a la mina a los cinco años de edad, o a entrar en la fábrica a los escasos siete, esos niños serán pronto "inválidos precoces, desmirriados hasta el punto de causar extraños sorpresas sobre su edad", adelgazados, gibosos, contrachechos, la mayor parte casi-desnudos, marcados por el escrafulismo, el raquitismo, la tuberculosis, la degeneración progresiva de su familia entera. A menudo incapacitados para trabajar, cuántos de ellos se vuelven mendigos, ladrones, vagabundos?

La mujer tampoco tiene una vida digna en la sociedad capitalista del siglo XIX. El imperio de la tradición la mantiene bajo la autoridad todopoderosa del marido. Privada de derechos políticos, hasta en el trabajo se evidencia la situación inferior de la mujer. A trabajo igual, la desigualdad de los salarios hace de ella una presa sin defensa en garras de los capataces, que amenazan con multarla o echarla de la fábrica en caso que resiste a sus apetitos... Entendamos por qué Marx decía que la sociedad capitalista lanzando tras los hombres, las mujeres y los niños en el infierno de la fábrica, destruye a la familia y a la moral que permite la vida común.

La terrible situación social que acabamos de recordar explica la desesperación de muchos explotados y de muchos observadores, desesperación que se manifiesta en una corriente filosófico-política extremista que caracteriza el fin del siglo XIX: el anarquismo. Sobre una población ignorante y reducida a tal estado de miseria, los demagógicos llamados a la violencia tenían efecto inmediato, excitando la ira de todos estos miserables. Pero es de anotar que el anarquismo se desarrolla sobre todo después de la represión ferroz contra la Comuna, y que la gran ola de asesinatos políticos se sitúa más bien en los años 1890—1900. Entonces no se debe exagerar el papel del

anarquismo: apenas expresa el rechazo y el desafío lanzado a la sociedad en su conjunto, tal como lo estudiaremos más detenidamente al presentar las ideas políticas de la Comuna.

París

Esas generalidades económico-sociales tienen un campo de aplicación privilegiado en París. Bajo el Segundo Imperio, París se transforma en una ciudad moderna. Haussmann remodela por completo la capital, haciendo la síntesis de la política de prestigio de Napoleón III con el afán de especulación que caracteriza la burguesía. Toda la financiación de estas transformaciones urbanas se hizo en la penumbra. "El Emperador, que practicaba la política internacional en las alcobas y en los discretos retiros de los balnearios" realiza las reformas en las oficinas inmobiliarias y en las salas de redacción de los periódicos de negocios fraudulentos. Napoleón III proporciona a sus asociados préstamos fáciles, ayudas financieras municipales, y toda suerte de complicidades administrativas en delicados juegos de contabilidad. Es una muestra completa de lo que hace la burguesía en el poder.

París, teatro de las Exposiciones Universales de 1855 y de 1866, se ve dotado de bulevares suntuosos, largos y anchos, mucho más propios a la utilización del cañón y de la ametralladora que las callejitas enredadas legadas por la Edad Media. Se edifican grandes edificios, hoteles de varios pisos, mansiones costosísimas para los negociantes hábiles, los favoritos del Emperador, y las "Leonas" del medio-mundo. Pero esas famosas transformaciones conllevan un gravísimo cambio en el equilibrio social de París. En la época de Luis Felipe, la estratificación social aparecía en la propia división del edificio: en los primeros pisos, se alojaban las familias burguesas mas o menos acomodadas, dejando los últimos a los pequeños empleados, obreros y estudiantes. Existía entonces una cierta unidad, una convivencia aceptada por todos, a veces regalos caritativos de los más ricos a los más pobres: la ropa pasada de moda no se botaba, sino que la podía aprovechar el vecino menos afortunado. Las transformaciones de Haussmann acaban con este relativo equilibrio. En esas mansiones, no hay más lugar para las clases pobres; los burgueses viven entre sí. Antes conocían al proletario que encontraban frecuentemente en la escalera, apreciando sus cualidades y compadeciendo su pobreza. Ahora, que esta pobre gente se amontona en los suburbios, afuera de las fortificaciones que rodean todavía París, se la llama "clases peligrosas". Con la ignorancia viene

el odio, el sentido de inseguridad, y se profundiza la división en clases; y por supuesto se fortalece la conciencia de pertenecer a una clase social bien definida. Veremos que esta apreciación vale tanto para los revolucionarios de la Comuna como para los burgueses, en particular para sus escritores y para sus generales.

La población de París crece muy rápidamente: pasa de un millón de habitantes en 1840 a más de dos millones en 1880. Según el censo de 1866 habían 440.000 obreros en París, de los cuales el proletariado industrial correspondía solamente a la octava parte. Una parte considerable pues del proletariado parisino trabajaba en la producción artesanal, exteriorizando una mentalidad muy próxima a la de la pequeña burguesía. La artesanía de lujo tradicionalmente activa en París, proporcionaba trabajo a broncistas, ebanistas, plateros, sastres etc. . . Precisamente es todo este pueblo de pequeños artesanos amenazados por la proletarización, que compone las tropas de choque de la Comuna.

El gobierno de la burguesía.

Si, al mencionar las transformaciones de Haussmann, hemos hablado de los tenebrosos negocios del Emperador, sobran los ejemplos típicos de su actuación, para calificar de aventurero a Napoleón III. Ya en "El 18 de Brumario de Luis Napoleón Bonaparte", mostraba Marx que la actividad esencial del entonces Presidente de la Segunda República, era de hacer aumentar por el Parlamento su propia lista civil, utilizando esos dineros a fines de agitación callejera de una parte, o destinando esas sumas a un sinnúmero de fiestas, no todas públicas, por otra.

Y si nos recordamos de las aventuras ridículas de Napoleón el Pequeño, como lo fugió Víctor Hugo, en Estrasburgo y en Boulogne, disfrutando a sus copartidarios en soldados para hacer creer en una sedición militar, no tendrá nada de sorprendente la política exterior del Emperador. Luego de haber proclamado "El Imperio es la Paz", para granjearse el apoyo de una burguesía ansiosa de orden y seguridad para sus negocios, practica una política internacional sin relación con las reales posibilidades del país. Hastiado de recepciones en sus castillos, de la vida en las Tullerías, de hazañas galantes en París, se dio cuenta que no era más que un pelele en manos de los poderosos intereses que dominaban la política. Por eso quizo lanzarse en una política de conquistas, sin plan preparado ni línea directriz, soñando a la vez con una expansión en África, en

particular en Argelia, la conquista de Saboya y de Luxemburgo, una intervención en Crimea para sentar las bases de la influencia francesa en Turquía, una alianza con los países escandinavos, y en fin el protectorado francés sobre México de Maximiliano. Se sabe cómo la gran mayoría de esos planes fracasaron, al estrellarse las ambiciones imperiales contra el realismo de un Bismarck, y contra los intereses de una burguesía que no tardó en advertir: "No más paz, no más Imperio". El Segundo Imperio cayó en Sedan porque no había nadie para salvarlo. Prodigio de diplomacia; el Emperador se había ganado la enemistad de Alemania, Rusia, Italia, Austria y hasta Inglaterra.

Todos estos gastos suntuosos o militares, no eran del todo del agrado de la burguesía francesa, la cual mantenía su apoyo a Napoleón únicamente a cambio de la represión desencadenada contra el pueblo. En 1869, se mandó al ejército imperial reprimir las huelgas en Ricamarie, Aubin, Le Creusot. Y siempre la policía fue pronta en desbaratar las organizaciones obreras, sindicatos, federaciones, y hasta la Internacional. Para los historiadores burgueses, la culpa de Napoleón III no fue librar a Francia de la invasión extranjera, sino de no haber sabido impedir la Comuna de París.

Esta guerra de 1870, magnífica trampa en la cual Bismarck hizo caer el gobierno al agitar el fantasma de una dinastía Hohenzollern en España, ¿quién la perdió? Henri Guillemin denuncia de una manera clarísima la traición de los generales. En primer lugar, el mariscal Bazaine, generalísimo del Ejército y responsable de la conducta de las operaciones, el mismo Bazaine que intentó por todos los medios arrebatárle a Maximiliano el trono de México, al ver Napoleón III tambalear al anuncio de las primeras derrotas, se da cuenta de la espléndida jugada que puede hacer para heredar el Segundo Imperio. Los Alemanes, instruidos de sus ambiciones, mantienen el equívoco de tal manera que Bazaine, engañado, se queda inactivo protegido por las murallas de Metz, en lugar de buscar el combate y de intentar de cerrar al enemigo la carretera de París. Esta combinación arriesgada goza del respaldo de la burguesía parisiense, en la persona de su más famoso representante, Jules Favre. En segundo lugar, cuando el 4 de septiembre se cae el Imperio y se constituye un Gobierno Provisional de la Defensa Nacional, cuyas primeras medidas son de armar al pueblo de París para defender la capital, es el conjunto de la oficialidad que se interroga: ¿vale la pena seguir haciendo la guerra en favor de un gobierno de izquierda?

Nuestros generales vacilan: ¿cuál es su deber? Defender el país o defender el orden establecido? Sus hesitaciones no perduran mucho tiempo. Hasta la pérdida de Alsacia y Lorena no cuenta frente al peligro que amenaza "la sociedad".

Pero el Ejército imperial, marcado por veinte años de conservatismo, acostumbrado a ver en el huelguista un enemigo mucho más peligroso que un soldado extranjero, no es el único representante de la burguesía. Tiene unos portavoces mucho más famosos: los intelectuales, escritores, profesores, artistas, etc. . .

Alfonso Daudet calificaba así la Comuna: "París en poder de los negros". Leconte de Lisle, el poeta más famoso de la época: "Qué bestias tan furiosas! . . . Espero que la represión será tal que no veremos moverse nada más; y por mi parte, quisiera que sea radical!".

Alejandro Dumas Jr: "No hablaremos de sus hembras, por respeto a las mujeres a las cuales se parecen tanto, cuando han muerto".

Teófilo Gautier: "Esos salvajes, un anillo en la nariz, tatuados de rojo, hacen el baile del escalpo sobre las ruinas humeantes de la sociedad".

Gustavo Flaubert: "Me parece que se hubiera debido condenar a las galeras toda la Comuna, y forzar a esos sangrientos imbeciles a escombrar todas las ruinas de París, la cadena al cuello, como presidiarios. . . Somos tiempos con esos perros rabiosos".

Y Cuántos más! Barbey d'Aurevilly, Ernesto Renan, propagandista del sublime orden alemán, el propio Emilio Zold, etc. . .

Pero enfrente, del lado de la Comuna, encuentran a los auténticos poetas, los que se ganaron una fama universal, y que hoy todavía pueden inspirarnos los sentimientos que compartían en aquella época: aquí están los Víctor Hugo, los Verlaine, los Rimbaud. Volvemos a hablar de ellos.

Al recordar brevemente el desarrollo industrial de Francia en el siglo XIX, y el consiguiente estado miserable de los explotados, hemos analizado las principales causas lejanas de la Comuna. El gobierno de la burguesía con Napoleón III a la cabeza, gobierno cuya única política se podía resumir en "hacer plata", lo vimos mas preocupado por mantener el sistema capitalista imperante que de librar una auténtica guerra de liberación nacional. Esta traición va a

ser la causa inmediata de la Comuna. Pero antes de tratar el desarrollo de los acontecimientos, vamos a situar rápidamente las ideas políticas que dominaban en las filas de los *communards*.

LAS IDEAS POLITICAS DE LA COMUNA DE PARIS

Contrariamente a una opinión muy difundida, los revolucionarios no dominaban en la Comuna. Eran una reducida minoría donde los marxistas tenían poca influencia, lo mismo que los anarquistas. En el mundo obrero imperaban las ideas de Proudhon. La Internacional trataba de radicalizar esas reinvidicaciones, propagando a la vez teorías de un marxismo y de un anarquismo recién nacidos e incompletamente liberados de los mitos del pacifismo. Pero en la pequeña burguesía de los artesanos, empleados, comerciantes, dominaban los recuerdos del pasado, 1789 y 1848. El liderazgo de la Comuna quedó en manos de esos últimos, y sin duda aquí está uno de los elementos del fracaso de la Comuna.

El proudhonismo

Después de la feroz represión que siguió a la Revolución de 1848, la propaganda de Proudhon encontró en los medios obreros un terreno privilegiado; en efecto, las numerosas ejecuciones y las deportaciones en masa habían desanimado a la clase obrera, la cual se sentía más interesada por el pacifismo de Proudhon que por la repetición de una aventura tan trágica. Durante años Marx luchó contra el mutualismo de Proudhon, pero después de la Comuna, éste resurgió en una forma más extremista: el anarquismo. La mejor representación de las ideas de Proudhon, la proporciona un texto de Marx recién publicado (1962), que aclara muy bien las ambigüedades y las contradicciones del pensador francés, a pesar de tratarlas sobre un modo irónico puesto que "La indiferencia en materia política" es una obra de polémica.

Marx caracteriza así el pensamiento de Proudhon:

"La clase obrera no debe constituirse en partido político: no debe, bajo ningún pretexto, tener una actuación política, porque combatir el Estado, es reconocer el Estado; es contrario a los principios eternos. Los trabajadores no deben hacer huelgas, porque esfor-

zarse para impedir una devaluación o aumentar los salarios, es reconocer el salario; es contrario a los principios eternos, de la emancipación de la clase obrera.

"Si, en la lucha política contra el Estado burgués, los trabajadores no consiguen sino concesiones, hacen compromisos: es contrario a los principios eternos. Se debe rehusar todo movimiento pacífico. Los trabajadores no deben esforzarse de obtener un límite legal a la jornada de trabajo, porque sería hacer compromisos con los patrones, los cuales no pueden más explotar a los obreros sino durante 10 o 12 horas, al lugar de 14 o 16. Tampoco vale la pena prohibir legalmente el trabajo de los niños de menos de diez años en las fábricas, porque eso no hace cesar la explotación de los mayores de diez años: cometen un nuevo compromiso que mancha la pureza de los principios eternos.

"Los trabajadores no deben reivindicar para sus hijos la instrucción primaria obligatoria. Vale mejor que no sepan ni leer, ni contar, antes que recibir la instrucción dada por un maestro del Estado. Es mejor la ignorancia con 16 horas de trabajo cotidiano que violar los principios eternos.

"Si la lucha política de la clase obrera toma formas violentas, si los trabajadores sustituyen su dictadura revolucionaria a la dictadura de la burguesía, cometen el terrible delito de perjudicar los principios; porque, para satisfacer sus miserables necesidades de todos los días, para aplastar la resistencia de la burguesía, al lugar de deponer las armas de abolir el Estado, le dan al Estado una forma revolucionaria transitoria. Tampoco deben los trabajadores formar organizaciones particulares a cada profesión, porque así perpetúan la división del trabajo social, tal como la encuentran en la sociedad burguesa: esa división que desune a los trabajadores es la base de su actual esclavitud.

"En una palabra, los trabajadores deben cruzarse los brazos y no perder su tiempo en movimientos políticos y económicos. Esos movimientos no pueden dar otra cosa que resultados inmediatos. Como hombres auténticamente religiosos, los trabajadores, desdenando las necesidades cotidianas, deben gritar, llenos de fe: Que nuestra clase sea crucificada, que nuestra raza parezca, pero que sigan intactos los principios eternos. Deben, como piadosos cristianos,

despreciar los bienes de esta tierra y no pensar en otra cosa que en ganarse el paraíso. Al lugar de paraíso, lean "liquidación social" (expresión favorita de Proudhon), que se realizará un día, en cualquier sitio del mundo, nadie sabe cómo, ni por el trabajo de quién, y la mistificación será idéntica.

"Esperando esta famosa liquidación social, la clase obrera debe comportarse decorosamente, como un rebaño de ovejas gordas; dejar el gobierno tranquilo; temer a la policía; respetar las leyes; proporcionar sin quejarse carne de cañón.

"En la vida práctica de todos los días, los trabajadores deben ser muy obedientes servidores del Estado; pero en su fuero interno, deben protestar enérgicamente contra la existencia de este Estado, y testimoniarle su profundo desdén teórico con la adquisición y la lectura de tratados literarios sobre la abolición del Estado. Deben guardarse de oponer al régimen capitalista otra resistencia que las declamaciones sobre la sociedad futura, en la cual el odiado régimen habrá dejado de existir". ¿Cuáles son entonces los principios eternos al nombre de los cuales Proudhon fulmina sus excomunicaciones?

"Primer principio eterno: el salario determina el precio de las mercancías. —Pero hasta aquellos que ignoran que Ricardo refutó una vez por todas este error tradicional—, saben que la industria inglesa ofrece sus productos a un precio muy inferior al de cualquier otra nación, cuando los sueldos son relativamente más altos en Inglaterra que en cualquier otro país de Europa.

"Segundo principio eterno: la ley que autoriza las coaliciones (asociaciones, huelgas) es altamente antijurídica, antieconómica, contraria a toda sociedad, a todo orden. —En una palabra, contraria al Derecho económico a la libre competencia—. Pero Proudhon no se pregunta por qué esa ley tan contraria a los derechos económicos de la libre competencia ha sido promulgada hace cuarenta años en Inglaterra; tampoco vió que a medida que se desarrolla la industria, y con ella la libre competencia, esa ley que autoriza las coaliciones se vuelve necesaria en el Estado burgués. Tal vez hubiera descubierto Proudhon que este Derecho (con una D mayúscula) no existe fuera de los manuales económicos redactados por los profesores de la economía política burguesa, con definiciones de este tipo: "La propiedad es el fruto del trabajo". ¡Pero del trabajo de los demás!

"Tercer principio eterno: para sacar la clase obrera de su lamentada inferioridad social, habrá que denunciar a los ricos empresa-

rios, patronos y burgueses, despreciar a esos indignos aliados de la clase media, pasar a la guerra industrial y al antagonismo de las clases". —Por lo tanto, para llevar a cabo esas acciones—. Proudhon prohíbe a los trabajadores de fundar asociaciones, hacer huelgas, reivindicar mejores sueldos.

"Proudhon predicaba la indiferencia en materia económica para garantizar la libertad o competencia burguesa; sus discípulos predicaban la indiferencia en materia política para garantizar la libertad burguesa".

Se entiende ahora claramente la actitud de Proudhon en 1866, cuando los mineros de Rive-de Gier en huelga fueron dispersados por el Ejército. "La autoridad que hizo fusilar a los mineros de Rive-de-Gier, escribió Proudhon en el "Times" de Londres, fue muy infeliz. Pero actuó como el antiguo Brutus, dividido entre su amor de padre y su deber de cónsul: había que satisfacer a los hijos para salvar la República. Brutus no vaciló, y la posteridad no se atreve a condenarle".

A pesar de todas esas contradicciones, Proudhon ejerció una fuerte influencia sobre la clase obrera francesa. Presentó una forma original de Estado, donde todas las clases sociales se reconciliaban: el mutualismo. Se trata de un sistema de cooperativas de producción y de distribución, donde los productores mandan directamente, sin autoritarismo administrativo, sin policía ni ejército, donde todos los problemas se resuelven gracias al predominio de la razón. Es una nueva edición de las famosas utopías de Fourier y de Saint-Simón y es para realizarla que el pueblo de París se sublevó. Toda la dificultad vino de que los medios no eran adecuados a tan idealistas fines.

Marx y la Internacional

Si Proudhon desprecia así la lucha política, Marx, consagra todas sus actividades a la Asociación Internacional de los Trabajadores. Precisamente la ruptura entre los dos se evidenció cuando Proudhon rehusó la jefatura de la sección francesa de la Internacional, que le había propuesto Marx. Fundada en 1864, la Internacional tenía como meta la agrupación de todas las asociaciones, sindicatos, federaciones de obreros, para proporcionarles una solidaridad amplia en sus luchas reivindicativas y políticas. Pero sería erróneo imaginar en Marx el único líder de la Internacional. Un buen número de sus^o afiliados franceses quedaban bajo la influencia de Proudhon;

toda una corriente de revolucionarios cristianos gravitaba en torno a Mazzini, cuya actividad principal consistió en hacer un sinnúmero de complots en Italia, buscando esencialmente la independencia nacional; Bakunin en fin, que participó en la Comuna de Lyon, representaba la tendencia anarquista marcada por el populismo ruso (el culto al mujik) llamando a la revolución mundial inmediata y a la destrucción de todas las formas de autoridad gubernamental. Y hay que mencionar a los trade unions inglesas, estrechamente vinculadas con el Consejo General de la Internacional que tenía su sede en Londres; los sindicalistas ingleses no repudiaban la actividad política, sino que la limitaban a su aspecto electoralista y parlamentario. Todas esas tendencias se libraban una lucha sin cuartel. Para hacer adoptar su programa, en particular la supresión de la propiedad privada de los medios de producción y la creación de un partido revolucionario en cada país, Marx se enfrentó a Proudhon y su corriente que defendían la pequeña propiedad artesanal, y a Bakunin, quien negaba la necesidad para los proletarios de organizarse, convencido que el pueblo se encontraría en estado de insurrección permanente, y que una chispa bastaría para provocar la Revolución. La Internacional, la cual había agrupado hasta treinta y más naciones, vio reafirmado lo revolucionario de su programa a costo de una reducción de su militancia, un cierto número de sindicatos, en particular las trade-unions, habiéndose retirado de la Asociación. Por eso es abusivo creer que la Comuna de París fue el resultado de la labor agitacional de los Internacionalistas.

Por lo tanto su actuación, en los años que precedieron la Comuna, debe ser recordada. Apoyó a varios movimientos huelguísticos de importancia. En febrero de 1867, los obreros broncistas de París libraban una lucha muy dura en contra de los fabricantes que despedían a sus empleados. La Internacional les mandó varios miles de francos, lo que, con el rumor público, se transformó en millones de francos. Los patronos, asustados se apresuraron en satisfacer las reivindicaciones obreras, y los broncistas consiguieron un aumento salarial del 25%. Este éxito dio mucho prestigio a la Internacional, y su federación en París comprendió pronto 25 secciones. Francia se encontraba por aquel entonces en una delicada situación social. Numerosas huelgas estallaron por todo el país, en particular en los centros mineros. Hemos visto que fueron cruentamente reprimidas. El gobierno de Napoleón III empezó a desatar una ola de persecuciones contra los miembros parisinos de la Internacional. Louis Eugén Varlin y sus compañeros fueron mandados a la cárcel, quedando así decapitada la sección parisienne de la Internacional. Muchos

obreros la abandonaron, expresando que, "de pasar seis meses en la prisión, no podrían asegurar el sustento de sus hijos". Por eso, cuando Jacques Pirene afirma que había en París 245 mil miembros de la Internacional, se trata de un error grave, para no decir de una falsificación. Además con semejante ejército, no hubieran esperado los revolucionarios el enemigo con los brazos cruzados, sino que el destino de la Comuna hubiera sido totalmente distinto.

Las otras corrientes

Las corrientes menores que existen tanto adentro de la Internacional como al lado de ella, se pueden agrupar en dos grandes tendencias: el anarquismo, y las corrientes históricas (blanquismo, neo-jacobinismo, quarantehuriards). Claro está que Marx, respaldado por toda la Internacional, apoyó con sus consejos el pueblo de París antes, durante, y después de la Comuna. Ya el 23 de julio de 1870, el Primer Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores sobre la Guerra Franco-Prusiana, mostraba al desnudo las ambiciones imperialistas de Napoleón III y a la vez el peligro que representaba para Europa la política de Bismarck, si, rebasando los marcos del nacionalismo alemán, quería imponer el dominio de Prusia a los demás países. Era un llamamiento a los obreros franceses para deshacerse del Imperio, y a los obreros alemanes para impedir a Bismarck su política de expansión. Pero antes Marx se esforzaba de salvar la Internacional, reduciendo el antagonismo franco-alemán a las ambiciones de dos gobiernos.

El segundo Manifiesto del 9 de septiembre es una advertencia muy clara a los parisinos. Se desaconseja la Revolución. "Cualquier intento de derribar el nuevo gobierno en el trance actual, con el enemigo llamando casi a las puertas de París sería una locura desesperada". Luego invita a los obreros a "aprovechar serena y resueltamente las oportunidades que les brinda la libertad republicana para trabajar en la organización de su propia clase. Esto les indicará nuevas fuerzas hercúleas para la regeneración de Francia y para nuestra obra común: la emancipación del trabajo".

En fin, el tercer Manifiesto del 30 de mayo de 1871, presenta, a los dos días de vencida la insurrección, la interpretación marxista clásica de los principales acontecimientos y de las grandes fallas de la Comuna. Este documento se considera hoy día como un texto esencial para todos los estudiosos de la Comuna.

El anarquismo es una corriente filosófico-política, que nace de la desesperación consecutiva a los sangrientos fracasos que encontraron, a lo largo del siglo XIX, las tentativas pacíficas y las revoluciones violentas, obras de las víctimas del capitalismo para imponer un mundo mejor. Aunque su gran desarrollo internacional sea posterior a la Comuna de París, su influencia no era del todo desdibujable antes, puesto que encontraba el terreno abonado por el proudhonismo. Las teorías de Bakunin fueron amplificadas y divulgadas en Francia por muchos anarquistas franceses, como Reclus, Louise Michel y Sorel. Ya en 1848 se había oído el famoso desafío "Ni Dios, ni amo". El enemigo predilecto del anarquismo no será el sistema socio-económico capitalista, sino antes de todo el Estado. La meta del anarquismo es la destrucción del Estado como aparato opresivo. Marx recogió algunas de esas ideas al formular la teoría de la progresiva desaparición del Estado, pero una vez que la Revolución habrá triunfado de sus adversarios. Al analizar el Estado, Marx precisa su papel de instrumento opresivo de una clase sobre otra, y por eso admite que el Estado revolucionario será necesario durante un largo tiempo, antes de poder abolirlo. Al contrario, los anarquistas se satisfacen de un análisis superficial, sin darse cuenta que el Estado no es una entidad opresora independiente, sino al servicio de algunos contra los demás. La Revolución debe pues en primer lugar, para los anarquistas, suprimir el Estado. Al estudiar la Comuna, percibiremos unas formas de desaparición del Estado, lo que debilitó mucho la resistencia al ejército de Thiers, y aceleró el trágico desenlace.

La crítica que hacen los anarquistas a la religión procede también del mismo tipo de análisis sin terminar. Ven en el clero un otro elemento de represión, y el más terrible, porque se trata de una opresión espiritual. De allá viene su anticlericalismo violento, su ateísmo combativo e intransigente. Visión muy superficial. Si es bien claro que la jerarquía de la Iglesia católica en Francia estaba dominada por los monarquistas favorables a la defensa del orden y a los partidos conservadores, es cierto que existían voces de protesta, las de Lamennais, de Lacordaire, de Montalembert, precursores del cambio de doctrina social realizado por León XIII. Lejos de ver la realidad de la época, que confiaba a los sacerdotes la tarea de impedir la Revolución, los anarquistas consideraban la Iglesia como el enemigo principal. En lugar de reconocer la reacción de las clases poseedoras tras una campaña religiosa ultraconservadora ("La Revolución es el castigo divino que merecen nuestros pecados"), los anarquistas denunciaban al clero como malo en sí. Tanto en el caso del Estado como en este problema de la religión, los anarquistas no

supieron enfocar correctamente las dificultades de la Revolución. Denunciaron apéndice, instrumentos, pero sin atacar el elemento fundamental: el sistema económico-social. La mejor prueba es que el triunfo del laicismo en Francia al principio de nuestro siglo, con la separación de la Iglesia y del Estado, no desbarató en nada el sistema capitalista. La práctica política de los anarquistas es muy vecina de la de los proudhonistas: ni asociaciones, ni sindicatos, ni partidos. En su visión apocalíptica de la Revolución, muestran la necesidad llegada de la Gran Noche en la cual se derrumbará el Estado, pero su preparación es inútil: bastará la voluntad de unos pocos decididos para prender la hoguera. De allí la ulterior caída del anarquismo en el terrorismo.

Si Proudhon y Bakunin dominan la mentalidad política de los obreros y de los artesanos, la pequeña burguesía de París se queda fiel a los heroicos recuerdos de las revoluciones pasadas. Una pequeña minoría agrupa en torno a Blanqui los quarantehuitards; esa corriente representa el legado de toda una tradición de complot, de conspiraciones secretas, de cuartelazos, que empezó bajo Bonaparte para perdurar durante todo el siglo XIX. Sus múltiples fracasos en Italia, Francia y Alemania le dio la aureola del martirio. Se dice que Blanqui pasó la mitad de su vida en la cárcel, y en efecto apenas liberado, hacia un nuevo complot, a lo mejor se adueñaba del Ayuntamiento durante pocas horas, antes de ser otra vez arrestado y mandado a la prisión. Sus títulos de gloria le venían de las revoluciones de 1848, de allí el nombre que algunos de sus miembros se daban, y la represión les había mostrado la dura realidad del sistema. Por eso serán más radicales que la mayoría de los miembros de la Comuna. Al contrario de Proudhon, Blanqui pone énfasis en la conquista revolucionaria del poder, y hasta en la dictadura revolucionaria posterior, pero ejercida por los productores en general; no destaca el papel de la clase obrera. Tampoco plantea la necesidad de reformas socio-económicas, privando la burguesía únicamente de las libertades políticas. A pesar de esas insuficiencias, apoyó a los Internacionalistas en su lucha contra los neo-iacobinos.

La mayoría de la pequeña burguesía comulga en los recuerdos más lejanos y menos peligrosos de la Revolución de 1789. Esta última había sido bastante estudiada, y muchos libros famosos la habían tratado. Los llamados neo-iacobinos quisieron repetir la Historia; se vuelve a utilizar el calendario revolucionario de Fabre d'Eglantine; se reconstituirá el Comité de Salud Pública; se condenarán las facciones, es decir a los partidos y asociaciones. Pero será difícil a esa

gente admitir alguna innovación. Demasiado legalistas, no reconocen una autoridad no elegida, y esos preparativos electorales quitaron un tiempo considerable a la Comuna. Todos tienen la ambición de hacer una revolución perfecta, es decir sin las fallas del Terror de Robespierre: sin derramar sangre; sin reducir la libertad; sin guerras. En fin, es el mito de la Revolución pacífica, sin ver que los Jacobinos de 1793 habían sido obligados a tales medidas, por desagradables que sean. Claro está que esta gente era la menos preparada a dirigir y a ganar el combate. Por lo tanto se revelaron brillantes jefes militares, como Flourens, Delescluze, Rossel, que murieron heroicamente.

LA COMUNA DE PARÍS (13 de marzo — 28 de mayo 1871)

La derrota y la rendición de Napoleón III en Sedan provocaron el día 4 de septiembre de 1870, la caída del Imperio. Una gran manifestación anti-bonapartista se desarrolló en París, encabezada por los diputados de París republicanos; la mayoría de ellos tenían como programa la República y nada más. Ni pensaban en las reformas sociales indispensables que reclamaba el pueblo. Favre, Simón, Thiers no querían cambiar el sistema económico-social legado por el Segundo Imperio. Su única ambición era de mandar directamente los asuntos públicos, evitando a sus negocios los peligros que les hacía correr los sueños guerreros del Emperador. Esos republicanos conservadores conforman el Gobierno Provisional de la Defensa Nacional. También hizo parte de él cierto tiempo Gambetta, futuro jefe de los radicales, nacionalista y anticlerical, alma de la resistencia a la invasión en la provincia, demasiado moderado en política social, lo que le alejó de la Comuna.

El gobierno provisional de la defensa nacional

El Presidente de este gobierno es el gobernador de París, General Trochu, aclamado como el futuro vencedor de los Alemanes, al anunciar la próxima liberación del territorio. Pero su defensa de París no fue ninguna página de gloria en el libro de las grandes batallas franco-prusianas. No se atrevió a salir de la ciudad sino bajo la presión del pueblo indignado, y eso para replegarse a la primera escaramuza. Además en los papeles de Trochu, se encon-

tró la prueba que juzgaba la defensa imposible; su derrocamiento, por no decir su traición, influyó en los altos oficiales que perdieron todo el prestigio que tenían, en favor de la Guardia Nacional.

Al pretender defender París, Trochu fue obligado a repartir armas entre el pueblo. La medida era peligrosa, pero no había otro medio, para los republicanos conservadores, de ahogar las reivindicaciones sociales en la demagogia nacionalista, tapando las divisiones internas para ofrecer un frente común al enemigo. De ganar la partida, Trochu, Thiers y sus amigos hubieran utilizado el prestigio de la victoria para sentar las bases de su régimen. Pero de una parte, suscitaban la desconfianza de los demás militares, en su mayoría monarquistas, que les confundían con el pueblo de París. Y de otra parte, hemos visto estos militares intrigando para negociar con los Alemanes el golpe de Estado de Bazaine. Todos esos desacuerdos explican la facilidad con la cual los Prusianos sitiaron a París.

El sitio de París fue el período de incubación de la Revolución. La proclamación de la República se había hecho sin la participación organizada de los obreros, cuyas asociaciones habían sido disueltas, sus cuadros perseguidos, sus líderes todavía encarcelados. Por eso se impusieron fácilmente los republicanos conservadores. Pero el pueblo en armas se organiza en batallones de la Guardia Nacional, eligiendo a sus propios oficiales. La inacción militar a la cual le condena la pasividad de Trochu, permite a los ciudadanos de politizarse muy pronto. En efecto, una gente armada, agrupada en unidades militares, en la capital sitiada de un país en guerra, va a tomar conciencia de su situación, al calor de los discursos, de los debates contradictorios, de los gritos entusiastas. La prensa revolucionaria, de varias tendencias, contribuyó mucho a esta politización de las masas. La vida económica de París está por supuesto reducida. Hay más tiempo libre para las discusiones. También, en este ambiente de libertad, los parisinos privados desde 1848, de prácticamente toda fuente de información política, escuchan con entusiasmo los planteamientos revolucionarios, hasta los más utopistas o irrealistas, ansiosos de liberarse de la ignorancia en la cual les mantenía el Imperio. Los rigores del sitio y del invierno, (uno de los peores del siglo XIX), la escasez de carne, de pan, de carbón para calentarse, son temas que ganan terreno en las discusiones, dejando un poco al lado la crítica del régimen monárquico y las elucubraciones sobre la mejor forma de la República. El tren de vida de los burgueses, (hasta los restantes de lujo proporcionaron a su clientela habitual durante todo el

sitio los vinos finos y los manjares más exquisitos), parecía siempre más insoportable a los que comían perros, gatos y ratas con un pan hecho de paja y papas. Las reivindicaciones sociales desplazan poco a poco las consideraciones políticas. El pueblo se fue radicalizando, profundizándose el desacuerdo con el Gobierno Provisional.

En esas condiciones, es muy normal que el pueblo parisino considere la rendición de París como una traición. Y el fanatismo nacionalista no dejó de calentar los espíritus cuando se supo, humillación suprema, que los Prusianos iban a desfilar en la ciudad que no habían podido conquistar. Otro tema de desgacuerdo: la Asamblea Nacional. Bismarck había exigido su convocación inmediata, y las elecciones apresuradas habían dado una enorme mayoría de monarquistas: el campesino, atemorizado por la invasión, se había recordado de sus antiguos notables, del noble retirado en su castillo, del rico burgués de la ciudad vecina, del juez, del notario, del cura, todos por supuesto auténticos defensores de la paz y de la propiedad. El pueblo de París se veía privado de su tradicional liderazgo político que había ejercido tantas veces en este siglo. En efecto, esta Asamblea de "rurales" temía París. Prefirió reunirse en Burdeos, luego en Versalles. Sus intereses particulares no tomaban en cuenta los sacrificios de los parisinos durante el sitio. Thiers promulgó un decreto aboliendo el sueldo de los guardias nacionales, único sustento para los obreros. También anuló la moratoria en el pago de las letras de cambio establecida durante la guerra. A causa de ello, 300 mil personas quedaron sin techo, en su mayoría pequeños burgueses. Para reprimir la ola de descontento, persiguieron a republicanos demócratas y a socialistas, clausuraron los periódicos más radicales, nombraron jefes más enérgicos y sin escrúpulos a la cabeza del Ejército, etc... Pero París estaba armado. Para poder aplicar los decretos reaccionarios de la Asamblea Nacional, había que desarmarlo. El fracaso de la tentativa de sustraer la artillería de la Guardia Nacional, que los parisinos habían adquirido por sucripción nacional, fue la chispa que prendió la hoguera. El pueblo se sublevó, fraternizando con los soldados. Thiers, aplicando el plan que había propuesto en 1848 a Luis Felipe, y que este rey por razones humanitarias no había querido aceptar, se refirió a Versalles con su gobierno y su administración, seguido por una gran parte de la burguesía, pensando ahogar la revuelta popular en una reconquista militar de París.

El mismo día 18 de marzo, el Comité Central de la Guardia Nacional asumió la función de gobierno provisional. La mayoría de

sus miembros, elegidos por sus respectivos batallones y compañías, no tenía ideas políticas precisas, y mucho menos ambiciones revolucionarias. Asustados por su propia audacia, porque tal toma del poder les parecía ilegal, se apresuraron en convocar elecciones para la formación de un gobierno: La Comuna. El día 26 de marzo se realizaron los comicios, en medio del alborozo general, que el poeta Catulle Mendès resumió así: " Toda esta multitud era una sola voz y un solo corazón " .

Realizaciones políticas de la Comuna

Pero a los cuatro días de proclamada, la Comuna tiene que enfrentarse a la peor de las dificultades para un gobierno: la guerra. En efecto, las tropas de Thiers empiezan sus maniobras alrededor de París; se instalan en Courbevoie. El 2 de abril, primer encuentro militar entre Communards y Versalleses. Estos últimos fusilan los prisioneros hechos, anunciando así que la guerra será sin cuartel. Y de hecho, la historia de la Comuna está dominada por la defensa militar de la ciudad. Le quedará poco tiempo para promulgar reformas. Pero el aspecto militar de la Comuna evidencia la falta de preparación y de organización que padece el pueblo de París. Cada batallón de la Guardia Nacional actúa en completa independencia, sin tener en cuenta la situación peligrosa en la cual se puede encontrar el vecino. No existe una dirección centralizada —lo que es normal para un movimiento "federalista", pero supremamente peligroso—. No se acatan las órdenes de la Comuna. Tampoco el Comité Central de la Guardia Nacional sabe hacerse obedecer. La defensa de París se reduce a iniciativas individuales; es el desorden más espantoso que sea. Los actos heroicos no compensan unas fallas elementales en el manejo de la batalla. Por ejemplo los Versalleses entraron en París por una de sus más grandes puertas, la cual los Communards habían olvidado de vigilar. Luego se organizará la defensa de los barrios sin ningún plan conjunto, lo que restó mucha fuerza a esas acciones, unos esperando al enemigo que no venía, cuando otros quedaban cercados sin refuerzo alguno. Toda la tragedia de la Comuna es de haber olvidado que la toma del poder es algo muy serio, que no se puede improvisar, hasta con la gente más honrada y más entusiasta.

Las principales medidas tomadas por la Comuna se pueden agrupar en tres capítulos: el Estado, la Sociedad, y la Educación.

La concepción del Estado vuelve a ser aquella de la Constitución de 1793, la más democrática que nunca conoció Francia, pero tan irrealizable que, apenas promulgada, fue necesario suspender su aplicación, para hacer frente a las necesidades de la guerra, centralizando aún más el gobierno y la administración entre las manos del Comité de Salud Pública. Menos realistas, los miembros de la Comuna quisieron guardar esos principios en toda su pureza original, aunque en la práctica se vieron obligados a transgredirlos más de una vez. Esta Constitución se inspira del federalismo más liberal. El poder esencial lo tiene la Comuna, o municipio: todos asuntos municipales dependen únicamente de ella, lo mismo como la aplicación de las decisiones tomadas por otro organismo. Esa concepción refleja una mentalidad estrecha, más preocupada de la buena organización de una actividad municipal mediocre, que de las grandes decisiones de un Estado que debe hacer una política de nivel nacional. Es una otra manifestación de la mentalidad artesanal de la mayoría de los miembros de la Comuna, la cual se enfrentaba siempre más duramente con las exigencias del desarrollo económico moderno. También refleja la contradicción básica de la Comuna: ser a la vez un municipio y un país. Proclamarse como Comuna autónoma era un buen medio de escapar a la intervención de la Asamblea Nacional, la cual por definición no compararía ninguno de los ideales revolucionarios. Pero el rápido fracaso de las otras Comunas en Marsella, Lyon, Narbonne, etc. . . demostró pronto que la Comuna de París quedaría aislada, y que la Federación de Comunas tan esperada no podría realizarse, por falta de otras ciudades con problemas semejantes. La adormecida provincia no tenía la industria, ni la minería, ni los contrastes sociales de París para engendrar un auténtico movimiento de masas. Además la propaganda de la Comuna en las demás ciudades fue irrisoria, lo que comprobó que, al dejar la provincia dueña de su destino, con la ilusión que iba a seguir un camino parecido, firmaba la Comuna su propia condenación. El poder de cada Comuna eclipsa el papel teórico dejado a la Asamblea Departamental, encargada de asuntos regionales, y a la Asamblea Nacional quien dirige la política Internacional. La organización política que se dio la Comuna fue directamente inspirada de la Convención de 1792. Los 90 miembros de la Comuna hacían a la vez el papel legislativo, ejecutivo, y judicial del Estado. Para hacer frente a todas sus tareas, se había dividido en una decena de Comisiones, cada una tratando de un problema particular. La lentitud del proceso obligó pronto a los Communeards a elegir un Comité de Salud Pública con poderes dictatoriales.

La democracia inicial quedó entonces muy restringida, cuando los neo-jacobinos y los blanquistas eliminaron a los Internacionistas de las posiciones que tenían en la Prensa, las Finanzas y la Comisión de Guerra. Se confió la tarea de salvar París a los menos capacitados, a los más tibios dentro de las filas revolucionarias. Esta maniobra, muchas veces subestimada por los historiadores, muestra hasta cual punto es superficial la impresión de frente único presentado por el pueblo de París contra los Versallenses.

Al lado de esas utopías, la Comuna tomó medidas muy interesantes relativas al Estado. En primer lugar, tenemos la supresión de la Policía y del Ejército. Esto no obedece a consideraciones puramente tácticas, esas dos instituciones siendo los pilares del bonapartismo, sino a una nueva concepción del mantenimiento del orden y de la defensa nacional. No olvidemos que el pueblo de París está en armas: es él, organizado en batallones de la Guardia Nacional, que se encarga de estas tareas. Y contrariamente a lo que se dijo, fue un éxito para la seguridad interna de la ciudad: la Comuna ignoró prácticamente el crimen y el robo, los revolucionarios parisinos siendo fieles a su tradición de implacable severidad para con los ladrones y saqueadores, los cuales eran fusilados en seguida. Claro está que, para la defensa militar de París, y por las razones señaladas anteriormente, el resultado fue mucho menos brillante. Pero este fracaso viene más de las rivalidades que dividían jefes a veces incapaces, que de una supuesta falta de entusiasmo del pueblo en lucha. Los levantamientos en masa bien ejecutados y bien dirigidos han provocado resultados innegables en todas las guerras que relata la Historia.

En fin, la Comuna quizo deshacerse de la administración imperial. Por eso propuso la elección de los funcionarios por el pueblo (sistema todavía utilizado en los Estados-Unidos), pero con la posibilidad de revocarlos por el mismo medio. Además se suprimieron las enormes diferencias de sueldos entre el pequeño empleado y el alto funcionario, fijando uniformemente a 6.000 francos el salario de cada uno. Esta medida debía eliminar todos los sueños de ambición, para reemplazarlos por la abnegación debida por los detentores del poder público a sus conciudadanos. Esas nobles ideas valen la pena de ser meditadas aún hoy.

Las leyes sociales, fuera de la supresión de los decretos de Thiers, no tienen la misma importancia. La más notable trata de las fábricas y almacenes abandonados por sus dueños: se decide que esos

dueños quedaron expropiados, y que los obreros y empleados se encargaran ellos mismos de ponerlos en marcha. Es un primer paso hacia la nacionalización de los medios de producción y la autogestión de las empresas; vemos combinarse la inspiración marxista de unos escasos líderes con la inspiración proudhonista de la mayoría de los Communards. También se promulgó un decreto sobre los alquileres, que quedaron rebajados, con esta tímida justificación que "la propiedad debe hacer su parte de sacrificios". Del mismo tipo es la decisión que permite retirar gratis del Monte de Piedad los objetos dejados como prendas. Las sumas así retiradas fueron bastante pequeñas, lo que confirma la apreciación general sobre la dominación del elemento artesanal sobre el proletario. En fin, mencionamos una tentativa para suprimir el trabajo nocturno; pero su aplicación a los obreros panaderos no fue muy convincente, y tuvieron que suspender su aplicación.

Mal conocidas, porque en su mayoría no pasaron de las discusiones de los clubs y de los comités, son las ideas de la Comuna en materia de educación. Pero anuncian simbólicamente las grandes reformas que se harán en la época de la República Radical, al principio de nuestro siglo, y que dieron a la educación francesa contemporánea sus principales características. Primero, todas esas ideas giran en torno a la separación de la Iglesia y del Estado, un problema todavía candente en varios países latino-americanos; podemos apreciar hoy día que la Iglesia gana a separar su destino de la suerte de un régimen político. Pero los monarquistas reaccionarios, que pronto arrebataron el poder a Thiers y a los republicanos conservadores, con una mentalidad tan inadecuada a la realidad que vivían, no podían ni concebir esta eventualidad. Esas reflexiones se aplican a la supresión de la enseñanza religiosa en las escuelas, reconociendo siempre la libertad de dar una enseñanza religiosa en los templos. Encontramos en esas discusiones una profunda preocupación para desarrollar la enseñanza técnica profesional, como para capacitar a los jóvenes obligados por su situación económica a dejar la escuela para ir a la fábrica. También pusieron énfasis en la exigencia de aumentar el número de médicos, tan insuficientes en esa época, abriendo las puertas de las escuelas de medicina a gente de clase media. Sobre todo plantearon la necesidad de rendir la enseñanza primaria, laica, gratuita, y obligatoria. Esta reivindicación tan justificada, tanto para el progreso económico del país como para el mejoramiento de la situación social de los Franceses, no fue realizada sino unos treinta años después.

Esas principales medidas que tomo la Comuna, algunas de detalle, pero la mayoría de gran alcance, anuncian en buena parte el porvenir. Por eso valía la pena recordarlas. Pero al lado de este mensaje para las generaciones futuras, la Comuna tuvo también sus errores y pequeñeces.

En primer lugar hay que lamentar el parlamentarismo de la mayoría de los miembros de la Comuna. Cuánto tiempo fue perdido en discusiones bizantinas para saber si era legal la elección de Fulano o de Zutano! Hasta se hicieron elecciones complementarias en plena guerra civil! Sin hablar de las rivalidades que dividían los líderes. Pensar que al mismo tiempo que los versalleses entraban en París, la Comuna iniciaba el juicio del general Cluseret! Y todo eso para repetir en sus menores detalles el curso seguido por la Revolución de 1789. También fueron nefastos los compromisos, las numerosas tentativas de mediación, el rechazo de responder a la fuerza por la fuerza, dejando los versalleses fusilar a sus prisioneros, sin tomar las medidas represivas dictadas por la legítima defensa. En fin, se reconoce siempre la honradez de la Comuna, en particular la de Jourde, legado al Banco de Francia. Pero tantos escrúpulos para gastar los dineros públicos se vuelven contraproducentes en un período revolucionario: Jourde sacó del Banco apenas unos 40 millones de francos, cuando durante Thiers pudo sacar del mismo banco más de 250 millones de francos, dinero indispensable para reclutar y armar el Ejército versallés. Esos pequeños errores de tan grave consecuencia tienen todos el mismo origen: la Comuna de París no quizo ser una dictadura.

La semana sangrienta

Por lo tanto, la increíble represión de la cual fue víctima hubiera autorizado a los Communards tomar medidas de emergencia. Se ha hablado mucho de los crímenes de la Comuna, pero recientes investigaciones mostraron que el número de rehenes fusilados no alcanza a los setenta. Siempre se subraya la ejecución del arzobispo de París, pero poca gente sabe que Mgr. Affre representaba una tendencia liberal que pedía clemencia, y que Thiers era muy contento de deshacerse de un poderoso adversario al rehusar el canje con prisioneros Communards. En la guerra civil de 1871, la verdad es que la violencia fue del lado de la reacción. Toda la mentalidad de las clases pudientes está en una reflexión del mariscal Bugeaud, el conquistador de Argelia, en 1848: "¡Qué bestias tan feroces! Cómo

permite Dios que las madres alumbren semejantes seres?". Y en la Asamblea Nacional, Thiers hacía discursos grandilocuentes sobre la paz, el desarme, el orden, cuando sus tropas, desde el primer enfrentamiento con los Communards, tenían órdenes de fusilar a los prisioneros sin misericordia, y contra todas las leyes de la guerra. El decreto tomado por la Comuna de fusilar tres rehenes por cada revolucionario así ejecutado no fue aplicado sino en los últimos días, cuando París ya ardía.

Al contrario, las cifras oficiales de Versalles reconocen unos 17.000 fusilados sin juicio. Luego los Consejos de Guerra pronunciaron 270 condenas a muerte, 410 a trabajos forzados, 4.016 a deportación en penales, 3.507 a deportación simple, 322 a destierro, 8.407 a prisión, etc. . . Y esas cifras oficiales no nos dicen como procedieron los Versalleses en su sangrienta represión. El corresponsal del "Daily News" en París lo describe así: "La columna de prisioneros se detuvo en la avenida Ulrich y fue formada, de cuatro o cinco en fondo en la acera, dando vista a la calle. El general marqués de Gallifet y su Estado Mayor bajaron de los caballos y empezaron a pasar revista de izquierda a derecha. El general andaba lentamente, observando las filas; de vez en cuando se detenía y tocaba a un prisionero en el hombro o le llamaba con un movimiento de cabeza si estaba en las filas de atrás. En la mayoría de los casos, los seleccionados por este procedimiento eran colocados en medio de la calle, donde formaron en seguida una pequeña columna aparte. . . La posibilidad de error era, evidentemente, considerable. Un oficial montado señaló al general Gallifet un hombre y una mujer, como culpables de algún crimen. La mujer salió corriendo de la fila, se puso de rodillas, y, con los brazos abiertos, protestó de su inocencia en términos de gran emoción. El general aguardó unos instantes y luego con rostro impasible y sin moverse, dijo: "madame, conozco todos los teatros de París: no se moleste Ud. en hacer comedias" ("ce n'est pas la peine de jouer la comédie"). . . Aquel día era poco conveniente para nadie ser ostensiblemente más alto, más sucio, más limpio, más viejo o más feo que sus vecinos. Un hombre con la nariz partida llamó mi atención, y en seguida comprendí que debía a este detalle el verse liberado aceleradamente de nuestro valle de lágrimas. . . De este modo fueron seleccionados más de cien; se destacó un pelotón de ejecución y la columna siguió en marcha dejándoles atrás. A los pocos minutos, comenzó a nuestra espalda un fuego intermitente, que duró más de un cuarto de hora. Estaban ejecutando a aquellos desgraciados condenados tan sumarisimamente".

Thiers manifestó su aprobación en esos términos: "El suelo está cubierto de sus cadáveres; este espectáculo espantoso servirá de lección".

La crueldad de la represión desencadenada no podía dejar de conmover a Víctor Hugo, el más ilustre de los diputados de París. Burgues conservador, pero de noble corazón, Hugo había apoyado la corriente nacionalista de la continuación de la guerra contra los invasores. Sitado en París, había visto fermentar el ambiente de la Comuna, y aunque sin comparar sus ideales, había defendido París en la Asamblea Nacional. No se dio cuenta que fue Thiers quien planeó, organizó y dirigió la reconquista de París, y por eso trató de mantenerse neutral durante la guerra civil. Pero la venganza de la alta burguesía alitada a los más reaccionarios representantes de la aristocracia se extendió hasta él. En los últimos poemas de L'année terrible", manifiesta una profunda compasión para las víctimas, eligiendo a un gamín heroico que vuelve al paredón, sublimando la mujer parisina entregada a los perros, llamando a la clemencia y al perdón.

Consecuencias

El fracaso de la Comuna permitió a la nobleza francesa toda una serie de intrigas y de complots para restablecer la monarquía. Fue el tiempo de la República de los Duques. Pero pronto volvieron al poder los republicanos conservadores, luego los radicales con Gambetta aliados a los socialistas quienes en 1900 totalizan 100 curules en la Cámara. Es decir que el movimiento obrero francés no quedó aniquilado por la represión. Al contrario, aparece en esta época como el más peligroso en Europa, por haber cambiado sus antiguos sueños utópicos por una doctrina mucho más científica: el marxismo.

Por lo tanto no es en Francia que se vio la posteridad de la Comuna de París. Sin la Revolución rusa de 1917, quedaría la Comuna como un hecho histórico desvinculado de las grandes transformaciones políticas que ve nuestro siglo. Lenin fue uno de los más famosos estudiosos de la Comuna (cf El Estado y la Revolución). Y al analizar el proceso de la Comuna, los historiadores de las ideas políticas precisan cómo se pasó de la revolución romántica a la revolución científica. Relacionada con la revolución de los soviets, la Comuna vuelve a tomar una gran importancia en la historia de la Humanidad. Por eso dejemos al historiador soviético Boris Ponomarev sacar las principales lecciones de la Comuna: "La primera es la necesidad para la

clase obrera de contar con su propio partido revolucionario". Ni una sola de las corrientes dentro de la Comuna constituía un partido político. Carecían de una organización precisa y de un programa claro. No pudieron compactarse en un partido proletario, ya que se hallaban cautivos de ilusiones pequeño-burguesas. La ausencia de un partido dirigente y las divergencias minaron la capacidad de acción de la Comuna. Reconocieron los sobrevivientes que una organización obrera sería, si hubiera podido rechazar la invasión y la conquista de París.

"La segunda lección: para que triunfe la Revolución, es indispensable la dictadura del proletariado. La Comuna, dijo Marx, fue "la forma política, por fin descubierta, bajo la cual podía realizarse la emancipación económica de los trabajadores". Por vez primera en la Historia, emergió de una insurrección popular victoriosa, un gobierno de la clase obrera, intérprete y defensor de los intereses de las masas trabajadoras. A pesar de su escasa formación política, el pueblo de París supo resolver con mucha sabiduría, honradez y desinterés los complicados problemas políticos, militares, económicos, financieros y culturales. La Comuna mostró que el proletariado es capaz de tomar el poder en sus manos, formar su Estado y dirigir exitosamente la sociedad.

"La tercera lección evidencia la obligación para la clase obrera de ganarse aliados de masas. La Comuna mostró que al par que las tareas propiamente socialistas, la revolución proletaria solventa también de paso cometidos democráticos que el capitalismo no puede jamás cumplir hasta el fin. La revolución socialista comporta la emancipación no sólo de la clase obrera sino de todos los trabajadores, defendiendo los intereses de todos los oprimidos. Por eso, al llevar a efecto la revolución, el proletariado no interviene solo, sino que es respaldado por la inmensa mayoría de la población".

Naturalmente, el juicio del historiador soviético no se aparta de unos tantos presupuestos políticos. También es cierto que las metas de un político no pueden ser siempre idénticas a las del historiador. Pero en esta ambivalencia misma, ¿no se reconoce el esfuerzo del historiador para actualizar las enseñanzas del pasado? "La Comuna no ha muerto" decía una canción popular. La mejor prueba de esta afirmación radica en la confusión tan fácil entre la Historia y la Política, confusión que se mantiene desde más de un siglo, desde que la Comuna se acabó en las llamas de París.

CUADRO CRONOLOGICO

1870

enero, 12: Entierro de Víctor Noir, joven periodista muerto en duelo por Pierre Bonaparte, primo del Emperador. Desfile de 200.000 personas. París toma conciencia de su fuerza.

Julio, 18. Declaración de guerra contra Prusia.

Julio, fin: Adhesiones públicas al Manifiesto de las secciones parisinas de la Internacional "Queremos la Paz, el Trabajo y la Libertad".

agosto, principio: Manifestaciones contra las primeras derrotas militares y el Imperio. agosto, 14: Los blanquistas toman el cuartel de los bomberos de la Villette. Fracaso.

La represión cae sobre todos los militantes obreros.

septiembre, 4: Noticia de la capitulación de Sedán: grandes manifestaciones. Gobierno Provisional de la Defensa Nacional.

septiembre, 15: El Comité Central Republicano reclama la Libertad de Prensa, de Reunión, de Asociación, la elección de los Jefes de la Guardia Nacional, Armas para la población.

septiembre, 19: París completamente sitiado.

octubre, 31: Capitulación de Bazaine en Metz. Blanqui se adueña del Ayuntamiento. Nuevo fracaso y nueva represión.

noviembre, 5 y 7: Elecciones para alcaldes de París. 12 favorables al GPDN 8 adversarios.

1871

enero, 5: Empieza el bombardeo de París. Murai: "paso a la Comuna".

febrero, 8: Elecciones a la Asamblea Nacional; mayoría monarquistas (alta burguesía orleanista y aristócratas legitimistas). De los 43 diputados de París, 37 son de la oposición.

febrero, 7: Thiers, Jefe del Poder Ejecutivo.

marzo, 1: Desfile de las tropas alemanas en los Campos Eliseos.

marzo, 10. Decretos de la Asamblea Nacional contra el pueblo de París.

marzo, 13: Proclamación del Comité Central de la Federación de la Guardia Nacional: La República no puede ser subordinada al sufragio universal, el cual es una obra suya.

marzo, 18: Fracasa la tentativa de Thiers de quitarle al pueblo de París sus cañones. La tropa fraterniza con los manifestantes. El gobierno y la Administración se repliegan en Versalles. El Comité Central de la Guardia nacional asume el poder al tiempo de preparar la elección.

marzo, fin: Comunas de Lyon, Marsella, Narbonne, Toulouse, Saint-Etienne, Le Creusot, Limoges.

marzo 26: Elecciones a la Comuna; 90 elegidos; 15 de la Guardia Nacional, 15 Inter-nacionalistas, algunos blanquistas, mayoría neo-jacobina.

marzo 30: Los Versalleses ocupan Courbavoie. Primeras ejecuciones de Communards.

abril, 5: Las tropas del general d'Espivent de la Villeboisnet toman Marsella al grito de: "¡Viva el Safrado Corazón!".

- abril, 10: Julio Simon, ministro de Thiers, declara que toda conciliación es imposible.
- abril, 12: Se suspenden los procesos por deudas.
- abril, 17: Reorganizan la Escuela de Medicina.
- abril, 21: Se confía el poder ejecutivo de la Comuna a los delegados de las nueve comisiones.
- abril, 24: decreto sobre el sueldo de los funcionarios.
- abril, fin: Los versalleses toman les Moulineaux, Belle Epine etc. . .
- mayo, 1: Elección del Comité de Salud Pública por 45 votos contra 23.
- mayo, principio: Los Versalleses conquistan Moulin Saquet y Vanvès.
- mayo, 7: decreto sobre el Monte de Piedad.
- mayo, segunda semana: incensantes cambios en la dirección de las operaciones militares. Bella defensa del fortin de Issy.
- mayo, 19: discusión de la Comuna sobre los teatros.
- mayo, 21: Entrada de los Versalleses en París. La Comuna juzga a Cluseret.
- mayo, 23: Pérdida de Batignoles y de Montmartre.
- mayo, 25: última reunión de la Comuna en la alcaldía del distrito XI.
- mayo, 27: barricadas en el distrito XX. Ataque Versalles contra Menilmontant y Belleville.
- mayo, 28: últimos islotes de resistencia reducidos en el cementerio del Pere Lachaise, donde las ejecuciones sumarias continuaron varios días.

BIBLIOGRAFIA SUMARIA

Libros:

- 1: Maurice Choury; Les poètes de la Commune. Seghers, París, 1970.
- 2: Fiodor Konstantinov, Inna Krilova; Precursores de la nueva sociedad. Agencia Novosti, Moscú, 1971.
- 3: Carlos Marx; La guerra civil en Francia. Cultura Popular, Barcelona, 1968.
- 4: Jacques Pirenne; Historia Universal. Exito, Barcelona, 1963.
- 5: Robert Schnerb; el Siglo XIX. Destino, Barcelona, 1960.

Revistas:

- 1: La Nouvelle Critique, No. 31 (212), febrero 1970. París. Carlos Marx: L' indifférence en matiere politique.
- 2: Problemas de la Paz y del Socialismo, No. 150, Bogotá, enero 1971 Jacques Duclos: La influencia de la Comuna de París sobre el desarrollo ulterior del movimiento obrero.

- 3: Les Temps Modernes, No. 109 (enero-febrero 1955), Paris
No. 116 (agosto 1955),
No. 124 (mayo 1956),
Henri Guillemin: Bazaine ou la secession des generaux.
 - 4: La Verite, No. 552, mayo 1971. Paris.
Numero consagrado a la Comuna.
 - 5: Novedades, No. 149 Bogotá, mayo 1971.
Boris Ponomarev: El legado revolucionario de la Comuna de Paris.
- NB Toda la bibliografía consultada se consiguió en Bogotá.